

por ricardo doménech

Las erratas

ME han contado hace días una anécdota que no sé si me atreveré a calificar de patética o de divertida. Se trata de una errata de imprenta en un periódico. En la reseña de un recital de poesía, el periodista había escrito: «...y, a continuación, la señorita Pepita Pérez recitó el célebre soneto: **No me mueve mi Dios para quererte**». Pero, en virtud de una de esas erratas que se cuecen de la manera más insospechada, el título del soneto había cambiado, y era este otro, verdaderamente terrible: «No me mueve ni Dios para quererte».

Creo que cada periódico y cada revista podría, si quisiera, hacer rápidamente un largo inventario de erratas de este calibre —propias o ajenas—, y que ese inventario nos produciría escalofríos en algunos casos; en otros, risa. Pero, desde luego, no nos dejaría indiferentes. Recuerdo que en un diario de provincias, donde trabajé hace años, había una espléndida colección de recortes de Prensa que, en forma de mural, se hallaba en la redacción. Una buena parte de estos recortes lucían ese tipo de expresión defectuosa —por lo general resultado de la prisa que tantas veces impone el oficio periodístico— y de la cual se alimenta una de las secciones más populares de «La Codorniz». La otra parte contenía erratas. Enormes, escalofriantes, fabulosas erratas, muchas de las cuales no sería posible reproducir, pero ante las cuales se piensa que ni hecho a propósito habría salido tan mal; o tan bien, según como se mire. Como es sabido, las erratas no respetan nada. Con la misma desconsideración con que cambian los títulos de las obras literarias (no hace mucho, en una revista se podía leer: «Gafas del difunto», en vez de: «Galas del difunto»), cambian los nombres, los adjetivos, la construcción —y con ello a veces la significación— de una frase, etc.

Aunque quizá en menor grado, en los libros abundan, asimismo, las erratas más increíbles. Buero Vallejo me ha contado una vez que, en la edición de «Madrugada», una errata llevó a la protagonista, que según la acotación debía estar «al borde de la histeria», a estar «al borde de la historia». Y que en otra obra suya, un personaje hablaba de «posibilidad nacional» en vez de «posibilidad racional». En fin, creo que alguien que tuviera el suficiente buen humor para ello podría hacer una graciosa encuesta entre nuestros escritores, pues, como es lógico, cada escritor tiene sus erratas. De ellas no se libra nadie. Son como extraños duendecillos que, en las imprentas, esperan pacientemente a que lleguen nuestros libros o nuestros artículos. Su acción sobre nuestros escritos es muchas veces inofensiva; otras, ofensivamente desastrosa. Hay una anécdota, que muchos escritores se han atribuido alguna vez a sí mismos, pero que es un lugar común —o sea, que no es de nadie—, según la cual una errata cambió totalmente el sentido de un texto, hasta el punto de que en él se defendía una opinión opuesta a la que el autor había defendido en realidad. Y como quiera que este autor fue atacado por defender esa opinión, y considerando que se interpretaría como signo de debilidad el responder al ataque diciendo que él había defendido lo contrario, que se trataba de una errata de imprenta, decidió replicar con una serie de argumentos que demostrasen que esta opinión —supuestamente suya— era correcta.

De las erratas, como digo, no se libra nadie. Parece ser que algunas veces ni siquiera el mismísimo Diccionario de la Real Academia. Y es curioso observar cómo las erratas más graves no son siempre las más aparatosas; es más, creo que las aparatosas —salvo cuando llegan a extremos de gran comicidad— son las menos graves, puesto que, ante ellas, el lector ya sabe a qué atenerse. Lo malo —o lo más malo— es cuando la errata no se ve que es errata y, sin embargo, ha modificado una idea. Creo que todos los que escribimos hemos experimentado alguna vez, a la vista de alguna de estas que podríamos llamar erratas encubiertas, la extraña sensación de no saber si nuestros lectores se habrán dado cuenta de ella o bien nos habrán tomado por imbéciles.

La desaparición en los libros de aquella horrenda «Fe de erratas» está bien. Pero lo que de verdad estaría bien es que desaparecieran las erratas, en la medida en que esto es posible. Y claro está que es posible en una cierta medida. Porque, si se me permite abandonar este nivel un poco trivial y anecdótico, diré que la sobreabundancia de erratas no es en sí una enfermedad, sino, por el contrario, un síntoma. Esa sobreabundancia, notoria en tantas publicaciones españolas, evidencia que muchas imprentas españolas —no todas, pero sí la mayoría— trabajan con la misma maquinaria de hace treinta, cuarenta o cincuenta años, y que su sistema de trabajo sigue siendo el de entonces. Este fenómeno, más que evidente para quien conozca un poco —muy poco— nuestras imprentas, está íntimamente relacionado, a mi modo de ver, con otros dos fenómenos: la crisis de nuestro público lector y las lamentables condiciones en que se desenvuelven nuestra literatura y nuestro mundo editorial. Aunque acaso fuera mejor decir que se trate de un solo fenómeno. Como siempre, los fenómenos aislados remiten a la totalidad.

